

En esta ocasión, en pleno mes de mayo, cuando los mexicanos, a iniciativa del diario Excelsior, festejan el día de la madre, El Búho le ha pedido al poeta Dionicio Morales una selección de grandes poemas dedicados a la maternidad. Pocos poetas han resistido la tentación de escribirle a su madre, los hay de distintas escalas, pero todos tienen algo en común, en el centro de sus vidas, está la mujer que, según la expresión popular, los trajo al mundo. Octavio Paz, Jaime Torres Bodet, Abigail Bohórquez, Homero Aridjis, Carlos Illescas, Efraín Huerta, son algunos de los muchos escritores edípicos que han cantado a la vida, obra y muerte de sus madres. Esta hermosa tradición la iniciamos hace ya muchos años y fue publicada varias veces en El Búho, entonces suplemento cultural del diario Excelsior. De entonces a la fecha, Dionicio Morales la ha enriquecido, buscando entre una multitud de autores, del siglo xx. Por razones de espacio, sólo presentamos una pequeña pero representativa muestra de un total de alrededor de trescientas páginas.

El Búho ha decidido publicar el trabajo minucioso de Dionicio Morales y ponerlo ante los ojos atentos de nuestros lectores dada la importancia del tema. Es posible que muchos poemas sirvan para recordar a la madre, otros para aceptar que no hubo un gran entendimiento y unos más para despertar la nostalgia por la mamá fallecida o para mostrar sus diferencias. La poesía mexicana pareciera que de muchas formas ha tenido presente la relación compleja y a veces difícil entre madre e hijo. Resulta curioso notar que la mayoría de quienes le han cantado a sus madres, son varones.

Esperamos que este rescate poético de Dionicio Morales sirva para mejor comprender el papel de una madre en una sociedad como la nuestra.

El Búho

10 de mayo ¡Buenos días, mamá! *(Antología poética)*

Refugio

I

Mi madre busca dónde refugiar su vejez
Vino de una ciudad en donde el viento canta
En donde el frío es sólo un obstáculo digno de enfrentar
y vencer.

Ahora tiene frío hasta los huesos, en esta capital
[en donde el frío
es lo de menos
entre todo lo que se tiene que temer.

Permanece mi madre largas horas contemplando el jardín,
desde su silla donde se acuna a veces,
desde la línea leve que divide el principio del fin.

Al contemplar un árbol el ramaje de su infancia reverdece,
y recuerda que de niña escaló el árbol, y al levantar los ojos
casi cae ante el temor del cielo
profundo.

Para la memoria histórica

(Archivo coleccionable)

DIONICIO MORALES

Mi madre espera, en estos días que son tan sin sabor,
tan sin sorpresa.
Come menos que un pájaro
de pronto reclina hacia su propio pecho la cabeza
y duerme. Todavía cuando duerme sueña
con su madre, con sus hijos,
y su casa entera,
con sus cosas que brillan como nuevas en su memoria.

Mi madre sueña también mientras está despierta,
y al alargar las manos hacia el jardín
ya sólo guarda un puño de aire
que aún apresa.

II

A plomo cae
el sol,
bajo los pies el polvo
que con cada pisada se alborota.

A campo abierto va
 aventurándose entre los matorrales
 para encontrar los nidos.

Adivina
 en el volar de los futuros pájaros
 su vida.

Sus seis años son una
 partícula de polvo
 suspendida
 en rayo de sol.

En el silencio
 irrumpe
 la voz del padre
 relámpago, luz, temor,
 y el deseo más ardiente de ocultarse

III

Ocultarse en el centro,
 en el centro más vivo de la llama.

No regresar el tiempo
 detenerlo consigo.

y mi madre sonrío, mira sonriente hacia el jardín
 cómo se oculta el sol.

IV

La cresta más oscura se avecina,
 un aletear de alas contra la escasa luz.

y no encontrar sino la cuesta que ya no es posible
 ascender, y ver tan sólo abismo
 en el inicio.

Sombra bombea el corazón,
 noche,
 y sólo noche en derredor.

DOLORES CASTRO

Mi madre hilaba

Mi madre, en silencio,
 hilaba la eternidad con las hebras del tiempo.

Era el poder de los bienes ancestrales;
 vaciaba en cada uno de nosotros
 los jugos que devienen

de las vértebras secretas de la tierra.

Ella vetó, sin tregua, nuestro sueño,
 acrecentó la hacienda
 y horneó el pan cotidiano,

Los pájaros y las matas florecidas
 no conocieron otra mano
 para crecer en exuberancia y en belleza,
 que la suya.

Sus noches largas,
 reclinadas sobre una almohada
 constelada de interrogaciones,
 ella curó nuestras fiebres infantiles,
 sanó las heridas adolescentes;
 y supo de un mar y otro mar amargo
 que tragar.

Cada año y cada hijo
 dejaron secos y desnudos sus ojos,
 como si con el llanto se le hubieran descosido los párpados.

Un día, se agrietaron sus muros
 y descendió a la noche.

Ahora sé que su silencio en el quehacer sumiso
 fue flor de sabiduría,

el nervio vivo con que se mueve
 el dedo del Amor.

ENRIQUETA OCHOA

Atrás de la memoria

De hinojos en el vientre de mi madre
 Yo no hacía otra cosa que rezar,

Por la grieta de su boca perfumada
Alguna vez el resplandor externo sorprendí;
No estaba yo al corriente de la realidad,
Pero cuando ella sonreía
Un mediterráneo fuego se posaba
En el quebradizo travesaño de mis huesos.

Era el impredecible amanecer de mí mismo
Y en aquellas vísperas de gala y de miseria
Pude oír el eco del granizo
Tras la nerviosa ventana carnal;
Arrodillado estuve muchos meses
Velando mis armas,
Contando los instantes, los rítmicos suspiros
que me separaban de la noche polar.

Pronto empuñé la vida
y con manos tan pequeñas
Que apenas rodeaban un huevo de paloma
Jugué a torcer en mil sentidos,
Como un alambre de oro,
El rayo absorto que a otra existencia me lanzaba.

Cabellos y piernas con delicado estrépito
Saludaron al semáforo canicular.
Entonces halé hasta mis labios
La cobija de vapor que yo mismo despedía
Y me dormí en la profunda felicidad
Que uno siente cuando conoce al aire.

MARCO ANTONIO MONTES DE OCA

Anécdota

Mi madre, Sofía Bojórquez García,
múltiple y dulcísima,
aguantadora de todas las llaves
para abrir las compuertas de perdonarlo todo,
sonrisa de pan,
ojos de hermanita huérfana,
lloradora sin freno,

mamá,
mi fórmula secreta,
mi era espacial,
niñita bajo las arrugas,
me parió frente a todos, a palos.
Mi abuelo hizo un ademán, pero mi madre
trazó una raya en el suelo.
Sofía Bojórquez García
supo entonces su burla,
le taparon la boca
y fui mi huérfano, mi bastardo, el hijo de limosna
en un pueblo lleno de saliva.
Ahora
que he vuelto a las maternas calzaduras,
a la roída veste genetriz, al cardo,
al terrenal salobre y la sandía,
se me ruedan las lágrimas,
y como antaño
soy el joven señero
de la pasión desapacible.
¡Madre!
¡Ternura de mi madre!
¡Patria mía pequeña!
(Y en la solana, tan irremediable,
tan dulcemente humana,
tan mortal y tan luz sobre la tierra
abierta a luz, en luz desengañada,
la levisima sombra de Sofía, mi madre,
ha ocupado su sitio.)

ABIGAELE BOHÓRQUEZ

Carta a mi madre Josefina sobre la muerte de mi padre

La muerte le salió de adentro, del pasado remoto,
de la raíz humilde,
mientras yo estaba lejos.

Siempre estamos lejos

cuando llega la muerte a los seres que amamos,
 no importa si estamos enfrente de ellos.

La muerte se alza sobre sus pies,
 les habla desde la punta de su lengua,
 les sube a la cabeza y los derrama.

La muerte nos deja afuera de nosotros.

Siempre estamos lejos de los seres que la muerte arrebató,
 no importa si los tocamos y les decimos
 que el amor borra las distancias y los olvidos,
 que el amor junta los cuerpos y las edades.

Siempre estamos lejos de los seres que amamos,
 lejos de nosotros mismos
 cuando la muerte arrebató,
 no importa si los miramos y les hablamos.

HOMERO ARIDJIS

Dedicatoria

María de la Luz Betancourt

Si llega mi madre con su tranquilo amor
 de campesina que corre por la orilla del río
 como buscando el orden de donde emanan los reflejos;
 si llega mi madre con su amor de semillas
 que el sol abre despacio para que guarden
 mejor el calor; si llega mi madre con la débil
 sonrisa de lo que está pasando y pasará;
 si ella alcanza a venir desde otro tiempo
 y abre su corazón y saca los papeles
 para que yo aprenda a escribir
 y a decir que la quiero; si ella retorna y toma
 mi mano que me escurre, mi mano que no sabe
 qué hacer para que nunca vuelva a abandonarme.
 Si mi madre regresa con un clavel, digo, ya lacio
 en su cabello... ¡Cómo voy a quitarme la camisa
 y respirar, ansiosamente, como si pretendiera
 sellar con mis pulmones su paso por la tierra!

EVODIO ESCALANTE

Destinée

Mi madre me decía, escupiéndome:
 “te atormentas demasiado,
 cuando tienes todo para ser feliz”.
 Sí, pero ella no percibió en el parto,
 negligente,
 que el hijo tenía una rata en vez de ombligo,
 en vez de lengua puerca y lombrices,
 y sin darse cuenta
 -¡qué descuido!
 me puso un parásito en el caos,
 un diccionario un poco enfermo bajo el brazo,
 un obispo aún más enfermo,
 también la rabia bajo el gabán del débil,
 y una pluma atroz, maleducada,
 para escribir en los huesos de su muerte.
 (1971)

MARCO ANTONIO CAMPOS

Pienso en mi madre

Pienso en mi madre. Tuvo
 un error: yo.
 La estoy viendo: calentando
 a mi padre, mostrándole su culo
 y su sexo: jugoso,
 travieso, como un changuito.
 Seguramente había tomado ron
 y mi padre se embriagaría de su
 aliento.
 La estoy viendo: conduciendo
 la verga de mi padre a su sexo,
 enterrándole las uñas en la espalda,
 metiendo su lengua en la boca de
 mi padre, y diciéndole: vente, Higinio,
 papito, vente. De esa noche nació yo.
 Pienso en mi madre.

EUSEBIO RUVALCABA

III. La estrella de la infancia

(Fragmento)

-¿Quién huele así como tú?

Mamá me ha dicho después de bañarme:

-¿Quién huele así como tú?

Huelo a albahaca, a hierba-del-negro, a mohuite, a pétalos de tulipanes rojos machacados; huelo al agua de todas esas

[yerbas

juntas, puestas a serenar la noche entera.

Es verdad; así como yo, no huele nadie. Espero oler así toda la vida: ¡a esta agua intensamente roja como sangre

[fragante!

....

La torcacita

salta

de las ramas del níspero

hasta el borde de la pileta.

Bravucones

los gansos

saltan de su baño

¡y no dejan que beba un solo sorbo!

Me gusta bañarme, luego revolcarme... para así poder

[bañarme

otra vez.

Me gusta que mamá me bañe y el polvo en el que me revuelco;

y el sabor seco de la tierra y el sabor de las begonias. Me gusta el olor de mis orines cuando lleno con ellos

la pistola de

agua que María me regaló ayer...

...

No sé qué voy a hacer contigo... Miora: ya pareces un

[polvorón.

Nomás te baña uno y en seguida te largas a revolcarte en

[el cerro.

¡Ah!, se me estaba olvidando: ayer Rosa me dijo que te

[había visto

comiendo otra vez las costras de las paredes de su

[casa... ¿No te

da asco? Recuérdalo: es la misma tierra, el mismo lodo

[donde se

entierran los sapos, el agua puerca. Si lo sigues

[haciendo ni

creas que voy a comprarte el velocípedo que te prometí.

El domingo tengo que ir a la plaza por una tela, la del

vestido de tu hermana para la fiesta de las Madres; pero

óyeme bien, si para entonces no has hecho más que

portarte mal, vete despidiendo

de todas tus ilusiones... ¿Me estás oyendo, niño?

JOSÉ LUIS RIVAS

Bitácora

Tres nacieron antes de mí

por el útero de mi madre.

Quien me haya negado no importa.

Me alimenté del verde de los helechos

y de los escarabajos de las rosas.

Intuí el sinfín de la bóveda celeste

y en mi cuerpo de niña

no adiviné dónde guardar el torrente

de amor y preguntas:

arcilla, leyendas y códices.

Qué fortaleza me cedió el oyamel.

Qué inquietud los mármoles de Buanorotti.

Dónde están la hermana-hormiga,

el hermano-camello, la hermana-jirafa.

De qué hierbas amargas se alimentan en sus comarcas.

Aquí recolectando cada pedazo de vida,

he concluido mi primer escultura.

Ni bronca, ni madera:

sólo palabras.

madurarán los frutos y las hojas se harán amarillentas.
Y seguimos aquí, en este mundo antiguo
de más de seis mil años y de mirada triste.
El hombre está cansado, fatigado de serlo
y quisiera ser pájaro o piedra simplemente.
El amor es la soledad ambigua
y la infancia es un círculo vicioso.
Las rosas se deshojan día a día
y los hombres se miran cuando llega el invierno.
Todo está igual, no vuelvas, huye de tu pasado
y vive nada más, que por eso te has ido.
Vive tu muerte íntegra y deja que tus hombres
lloremos todos juntos nuestro valle de lágrimas.

NEFTALÍ BELTRÁN

Continuidad

I

No has muerto. Has vuelto a mí. Lo que en la tierra
–donde una parte de tu ser reposa–
sepultaron los hombres, no te encierra;
porque yo soy tu verdadera fosa.

Dentro de esta inquietud del alma ansiosa
que me diste al nacer, sigues en guerra
contra la insaciedad que nos acosa
y que, desde la cuna, nos destierra.

Vives en lo que pienso, en lo que digo,
y con vida tan honda que no hay centro,
hora y lugar en que no estés conmigo;
pues te clavó la muerte tan adentro
del corazón filial con que te abrigo
que, mientras más me busco, más te encuentro.

II

Me toco... Y eres tú. Palpo en mi frente
la forma de tu cráneo. Y, en mi boca,

es tu palabra aún la que consiente
y es tu voz, en mi voz, la que te invoca.

Me toco... Y eres tú, tú quien me toca.
Es tu memoria en mí la que te siente:
ella quien, con mis lágrimas, te evoca;
tú la que sobrevive; yo, el ausente.

Me toco... Y eres tú. Es tu esqueleto
que yergue todavía el tiempo vano
de una presencia que parece mía.

y nada queda en mí sino el secreto
de este inmóvil crepúsculo inhumano
que al par augura y desintegra el día.

JAIME TORRES BODET

Pasado en claro (Fragmento)

Giran los años en la plaza,
rueda de Santa Catalina;
y no se mueven. Mis palabras,
al hablar de la casa, se agrietan.
Muchos cuartos vacíos, habitados
sólo por sus fantasmas,
sólo por el rencor de los mayores
habitados. Familias,
criaderos de alacranes:
como a los perros dan con la pitanza
vidrio molido, nos alimentan con sus odios
y la ambición dudosa de ser alguien.
También me dieron pan, me dieron tiempo,
claros en los recodos de los días,
remansos para estar solo conmigo.
Niño entre adultos taciturnos
y sus terribles niñerías,
niño por los pasillos de altas puertas,
habitaciones con retratos;
crepusculares cofradías de los ausentes,

Todos los días, al responderle las letanias de la Virgen
–Torre de Marfil, Estrella Matinal–,
siento en mí que la suprema poesía
es la voz de mi madre delante del altar.
Hace un momento la oí que abrió su ropero,
hace un momento la oí caminar.
Cuando me enseñó a leer me enseñó también a decir
[versos
y por ese tiempo me llevó por primera vez al mar.

Cuando la pobreza se ha quedado a vivir en nuestra casa,
mi madre le ha hecho honores de princesa real.
Doña Deifilia Cámara de Pellicer
es tan ingeniosa y enérgica y alegre como la tierra tropical.
Oigo que mi madre ha salido de su alcoba.
El silencio es tan claro que parece retoñar.
Es un gajo de sombra a cielo abierto,
es una ventana acabada de cerrar.
Bajo la noche la vida crece invisiblemente.
Crece mi corazón como un pez en el mar.

Crece en la oscuridad y fosforece
y sube en el día entre los arrecifes de coral.
Corazón entre naufrago y pirata
que se salva y devuelve lo robado a su lugar.
La noche ahonda su ondulación serena
como la mano que en el agua va la esperanza a colocar.
Hermosa noche. Hermosa noche
en que dichosamente he olvidado callar.
Sobre la superficie de la noche
rayé con el diamante de mi voz inicial.

Mi voz se queda sola entre la noche
ahora que mi madre ha apagado su alcoba.
Yo vigilo su sueño y acomodo sus nubes
y escondo entre mi angustia lo que en mi pecho llora.
Mi voz se queda sola entre la noche
para decirte, oh madre, sin decirlo,

cómo mi corazón disminuirá su toque
cuando tu sueño sea menos tuyo y más mío.

Mi voz se queda sola entre la noche
para escucharme lleno de alegría,
callar para que ella no despierte,
vivir sólo por ella y para ella,
detenerme en la puerta de su alcoba
sintiendo cómo salen de su sueño
las tristezas ocultas,
lo que imagino que por mí entristece
su corazón y el sueño de su sueño.

El Ángel alto de la media noche,
llega.
Va repartiendo párpados caídos
y entrando ventanas
y reuniendo las cosas más lejanas,
y olvidando el olvido.
Poniendo el pan y el agua en la invisible mesa
del olvidado sueño.
Disponiendo el encanto
del tiempo sin el tiempo que es el sueño,
la lenta espuma esfera
del vasto color sueño;
la cantidad del canto adormecido
en un eco.

El Ángel de la noche también sueña.
¡Sólo yo, madre, mía, no duermo sin tu sueño!

CARLOS PELLICER

La ronda amorosa carta a mi madre muerta

(Yo era niño: en mi frente se posaba
una paloma blanca por las noches.
Llegaba del jazmín o de la rosa,
línea azul de fulgores,

tenue caricia de estelar dulzura,
 apenas un acorde
 nacido para el tacto...Era mi sueño
 tan sosegado entonces...

Yo era niño: en mi frente se posaba
 una paloma blanca por las noches.)

Madre, madre que duermes en la sombra,
 arrebatada a mi ternura, ¿esconde
 la tierra aquel plumaje silencioso
 todavía? ¿Hacia dónde

tu fragancia emigró? ¿Ves los vencejos
 volar, girando en torno de la torre,

el patio lleno de tu luz morena,
 florecido el granado, el agua insomne,
 nuestra casa llorando por tu ausencia
 con un largo lamento de balcones?

La guerra te apagó: cortó la guerra
 tu pavor a los hombres

de pólvora y de hiel, mientras yo, hundido
 en la noche de fuego, iba en el joven
 viento de la esperanza hacia la muerte
 con las hojas de abril y las canciones.

¡Cuánta luz degollada al pie del alba!
 ¡Ay, espigas de España, ay, ruiseñores!

Y soy yo ahora el que te llama, en medio
 de esta nube encendida de clamores
 maternas que cubre los confines
 del planeta.

Ven, llega: entre estos nombres
 que dieron a la vida hijos fragantes
 está el tuyo también. No me abandones.
 Mira la madre joven y la hermosa
 madre ya encanecida, los dolores
 coronaron sus sienes, y la madre
 del héroe, del obrero, torreones

de altas venas, la madre que los frutos
 de su carne perdiera en los fragores
 fraticidas, la madre que ahora teme
 perder también los suyos...Corazones
 como brasas heridas, azucenas
 blancas, negras, cobrizas: los colores
 de la piel de la tierra:

todo el orbe
 entrañable. Aquí está, míralo, madre,
 impidiendo que el crimen siegue el bosque
 de la aurora, que el brazo enloquecido
 vuelva a sonar sus desolados bronces.

Nacerá una paloma tan radiante
 al borde
 de esta amorosa ronda, que sus alas
 irán de monte a monte,
 de mundo a mundo, levantando fértiles
 resplandores.

Paz, reclaman las madres. Paz, exigen
 las madres.

Son millones
 de voluntades puras, son hogueras
 de amor, entre sus voces
 palpita un niño, huye la muerte,
 corre
 un temblor de esperanza como el cielo
 en las tardes de estío.

Madre, oye
 esta inmensa canción de cuna. Bajo
 la tierra que te da sombra, recoge
 su cadencia infinita, olvida, aleja
 tus temores
 y duerme en paz, que habrá paz en el mundo:
 una paloma humana cubre al hombre.

JUAN REJANO

Notas para un árbol genealógico (Fragmento)

.....

Madre, pegado al cuerpo tengo el brazo
en que soltaste las amarras
una noche, de un solo sobresalto,
cuando tus ojos me miraron
desde el fondo del tiempo
y como dos señales en la niebla
se apagaron.
Pegado al cuerpo. Que no olvide,
siempre próximo al mío,
tu último calor. Y que recuerde
la suavidad de tu corteza,
el peso de tu nuca
y el golpe final de tus venas.

Tierna huérfana mía
que a tantos despediste
desde tu blanda orilla
y que aceptaste con los ojos secos
el sino de enterrarte miembro a miembro,
de ir cortándose, encima de las lágrimas,
las ramas y renuevos.
¿Cuántas veces te fuiste antes de aquella noche?
Yo te vi en otra, aciaga,
junto a un rayo vencido.
Recuerdo que esa noche yo gritaba, gritaba.
Las casas se caían
sobre mi pobre espalda,
mundos desmoronados,
ceniza dispersada.
Y te miré a los ojos.
Eran dos cuevas devastadas.
Eran como malezas ardientes.
Eran dos pozos opacos

donde ya no había nada,
ni una hierba prendida,
ni una gota de agua.
Y yo supe que allí estabas ya muerta,
al lado de aquel niño que tenía tu cara,
tu cara que los dedos de la muerte
lentamente desdibujaban.

Él tuvo, como tú, las manos fuertes,
manos dulces y santas,
manos labriegas, manos éuscaras,
manos para las más humildes tareas de este mundo
-la semilla y el fruto, la sed de los terrones,
la siega fatigosa y perfumada-,
manos a las que se les daban las flores
y se les cerraban las llagas.

Tu hijo y tú sembraron tantas cosas
en la tierra buena y en la mala...
Los dos tuvieron tanta piedad
hasta de la misma cizaña...
A los dos les daba santamente igual
ver que crecía su fresno verde
o que alguien les volvía la espalda.
Animales y tierra lo sabían.
De mi madre mi hermano
nunca temieron nada.
Y mansos, iban al encuentro
de los que tenían la paz por almohada,
de los dos tranquilos labradores
a los que Dios miraba.

Aquí los tengo, de la mano,
a la madre de fragante falda
y al hermano de los ojos negros
que ya me miran sin distancia,
que me ven lo mismo que la luna
se sumerge en el agua
y hace fulgor la sombra

de la acequia estancada.
 He tenido que hablarte con tu hijo.
 No quiero que lo dejes. Tómallo en mis palabras.
 Ya fue mucho dejarlo aquella noche
 y vivir, ya sin él, con tanta muerte,
 y llevar aquel luto que fue como una pátina
 que se sombreó los cabellos solares
 y te secó la mejilla clara,
 hasta que te me hiciste una pavesa,
 tú, que eres mi lámpara,
 tú, que en la noche y la tiniebla,
 como ventana me brillabas.

Aquella vez en que dieciocho años
 dormían en su caja
 como una música rota,
 como una absurda maquinaria,
 escribiste la fecha verdadera
 de tu largo morir. No te detuvo nada.
 Allí elegiste el desgraciado rumbo de tu marcha.
 Allí te cerraste a la queja,
 allí te metiste en tu llanto,
 allí te hiciste una dulzura amarga.
 Pero hoy, te vuelvo a la alegría,
 hoy te torno a tu casa,
 hoy te entrego a tu hijo
 como antes de que se derrumbara.
 Aquí le restituyo su fuerza pura.
 Aquí le recobro a la hermana,
 la que con él leyó bajo los árboles
 mientras la tarde les caía en la frente
 como una gran piedad dorada.
 La que con él cuidó palomas,
 la que con él vio verde y agua,
 la que con él segó los prados
 y olió con él la yerba desgarrada,
 la que con él rezó tantas veces

al cavar el sepulcro de un ave
 y vio pasar con él las vacas por el campo
 como oscilantes catedrales.

Como a uno solo nos hiciste.

A mí de olivo oscuro
 y a él de rosas blancas.

A mí me abriste en la noche
 y a él en medio del alba.

Y ahora aquí nos tienes,
 uno solo otra vez, ya sin la muerte,
 en la gruta sagrada.

Pero también te traigo a tu otra niña.

Hada en diminutivo, salta de mi memoria
 y se abre la voz con una llave mágica.

Era morena y breve, y de pronto salta,
 rayo tibio y osado,

de detrás de un baúl como de un árbol encantado.

Y llenaba de pasión el aire

como una mariposa lo llena de colores.

Tenía los ojos de bruma, de niebla brillante,
 y una oscura melena judaica.

Era suave como un durazno

y así era de pequeña, y así era de dorada.

Siento que en la mano me cabe

ahora como una almendra.

Se fue súbitamente, de puntillas,

de lejos, sin ruido,

como se apagan las estrellas.

Se fue con sus pasitos de hada

pisando sobre la muerte

igual que sobre grama.

No perdió su silencio de ángel.

No lloró nunca sobre el mundo.

No vio la vida. No la tocó nadie.

Pero yo te recuerdo, Matilde,

borrosa entre mis lágrimas.
Eres una llama que tiembla
tras un vidrio distante.
Te miro las manecitas de cera
y el leve cuerpo arruinado.
Y oigo cómo tu perro gruñe
porque nadie se acerque al abril clausurado,
al manojito triste
que dio flor cinco años
y es ya sólo tiniebla, olor de muerte
por todo el mundo derramado.

Aquí la tienes, madre.

Aquí la tienes otra vez, florida,
lustre y vestido de manzana.

También te la devuelvo
cuando hoy me devuelven las palabras,
para que la mezcas y la duermas
como si por las puertas de tu casa
la muerte no hubiera pasado,
como si el cielo no se hubiera abierto
en la catástrofe en que floto
entre restos mojados,
entre huesos a la deriva,
cuando estoy en el tiempo de los otros
y no en el antro mágico.

MARGARITA MICHELENA

La sangre solitaria

Y tal es nuestra vida

I

Mi casa es una casa antigua, aunque grande
como todas las casas en que hemos vivido.
Pero en esta dorada tarde de domingo -lenta-
la he visto más vieja y acabada.

Algo me lo dijo. Quizá el color de las paredes,
quizá las vigas de los techos, altas;
alguna duela no muy firme, el constante
gotear del agua en las llaves.
Tal vez. Quizá por eso pude darme cuenta:
hace más de quince años que vivimos en ella
y después de todo era natural haber creído
que jamás cambiaría.
Nunca fue una bella casa, ni siquiera bonita,
y su frialdad ha provenido siempre de los sótanos.

Mi casa mira al poniente, y, en consecuencia,
está mal orientada. Tiene demasiadas puertas
que casi nunca ajustan bien.

II

Cuando mi madre la alquiló, recién muerto mi
padre,
la casa no era más que un cascarón polvoriento,
lleno de oscuridad y de oscuros presagios.
Como si la muerte hubiera llegado con nosotros
y hubiese sido la primera en cruzar el umbral.

III

(Me pregunto, aunque tal vez conozca la respuesta,
cómo es posible que existan gentes hechas, no más
para albergar en ellas la ternura,
la protección; ese terrible y profundo sentido
-sólo don de LOS SERES SUPERIORES- DEL AMOR;
y la virtud tranquila. Y la lealtad por vida
a un único afecto nacido y guardado desde siempre.

Puso mi madre, pues, manos a la tarea,
y edificó el hogar sobre sus propias manos.
Y en señal de amistad, junto al portón de entrada,
como señal de amor, y como dádiva y escudo

contra la mezquindad y el odio y la amargura,
como señal de paz, dejó su corazón.

Ay, blando escudo.)

IV

A nosotros también nos engañó el verano:
ya, desde edad temprana, vimos cómo
seres profundamente amados por nosotros,
y en horas aun risueñas, se marcharon.
Y supimos también, sin advertencia, que no es casa
para un día la soledad, y comenzamos juntos
a tratar de vivir más acá de nuestros recuerdos.

Lentamente, como el corazón que empieza a latir
de nuevo, desnudo, rojo en la palma de la mano,
poco a poco, mi casa cobró vida.

Y crecimos en ella y nos hicimos gente grande
a cuyos ojos, sin embargo, a veces asoma
un viejo terror infantil. Y que cierran los ojos
como si el dolor, así, fuera a pasar sin tocarlos.

V

Sus paredes vieron muchas fiestas alegres
como aquélla del día en que mi hermano recibió
-el menor- su título de doctor en medicina;
y muchas fiestas tristes, como aquélla otra
cuando mi última hermana soltera se casó
(creo que llorábamos todos, y nos consolábamos
como si hubiera sucedido algo extraño y terrible.)

En ella escribí mi primer libro, y a ella
volví por la primera vez, una noche, borracho,
cantando de dolor ante el primer engaño.

Ay, y qué lento pasaba el tiempo entonces.

VI

¿Qué quedará mañana de ese viejo y amoroso
cascarón polvoriento? ¿Correrá la suerte
de todas las otras casas en que hemos vivido
y que guardan, sepultadas en sus escombros,
entrañables, recordados fragmentos de mi vida?

VII

De nuevo en ésta moriré,
porque una casa es nuestra propia carne,
la piel que nos envuelve y nos defiende
y abandonarlas es asesinarlos.

VIII

Me pregunto ¿qué habrá sido del pino corpulento
entre cuyas ramas construí, con tablones viejos,
un cuarto irregular y solitario?
¿O de los restos de la hermosa perra policía
que murió envenenada y que enterramos
sollozando
y a quien, por su ternura y discreción, mi padre,
que también fue poeta, llamó Gretchen?

¿Y el árbol de los chabacanos que infaliblemente
me mandaba a la cama
el mismo mes del año y con la misma fiebre?

Sobre todo ello no hay ahora sino asfalto:
anchas, hospitalarias avenidas apagando,
acallando, ensordeciendo los recuerdos.
Destruyendo
la voz, la sombra, la persistencia de los recuerdos.
¿Qué pensarán los que viajan en esos camiones
y en esos tranvías cuando sepan que pasan,
cada vez, sobre alguno de mis cadáveres viejos?

IX

Un miedo apenas frío –fino–, un pequeño miedo
me roza la piel cuando intento adivinar
qué tanto de mí mismo se quedará en esta casa;
de mis amigos, de mi madre, de mis hermanos,
¿qué habrá sido?
¿y qué de todos aquellos que pusieron un pie
alguna vez en ella, y que nos hicieron compañía
para bien o para mal?

.....

(No envidio a quienes tienen por costumbre repasar,
como yo, lo que han hecho pensando en la vida:
cuáles fueron las buenas acciones, las malas,
el tiempo perdido y el tiempo aprovechado,
porque las más de las veces encuentran verdades
amargas.)

X

Y tal es nuestra vida: una vieja casa
solitaria entre todas, que se yergue de manera
distinta a las demás. Que va guardando
sus mínimos tesoros,
y que envejece –más– un día, y que se arruina.
Y que otro día se derrumba y calla.

MIGUEL GUARDIA

Desasimiento

A la memoria de Carmen Sacristán

Este desasimiento que me acompaña
Este alejamiento.

Este ya no rodar de aguas
ni encender de fuegos
Estos aires quebrados
y estas tierras horadadas.

He roto los vínculos:
tiempo, espacio, amor:
amigo, amado, amante.

Es otra la dimensión
allí donde no cae la gravedad
ni flota el vacío del deshábito.

La herencia no llamó a mi puerta:
ni una miga de pan regalado
ni un escalón para subir a la casa
ni el acecho de una sombra mayor.

Las cosas se escapan y huyen sin peso
Al vuelo se desprenden los muros:
todo lo recio se desmorona
y va quedando el entorno sin apoyo, sin consuelo.

Lo que toco se desvanece
lo que veo se borra,
ni oigo ni siento

ni presiento ni resiento.

Este desasimiento

Este alejamiento

que me lleva, muerte a muerte, sin remedio
a la luz del camino del eterno responso.

ANGELINA MUÑOZ-HUBERMAN

Una noche de septiembre

I

Mamá es el oráculo de Delfos:
sentada en su lugar lee los horóscopos
con sobriedad de amantísima sibila.
Preocupada o alegre va diciendo el porvenir.
A veces calla
y con soltura de mariposa
pasa a otros temas con alas de golondrina
y, risueña,
dobla el periódico y sirve la cena.

II

Mamá está cansada, pero si le preguntas
aviva la mirada y sus manos tejen nidos

y, solícita, en su silencio quisiera que la imitara.
Hoy hace nubes el cielo y son pocas las estrellas.
Ella suele decir
que no siempre es primavera
mientras arregla las flores del centro de la mesa.

III

Ella es la que comienza la huella
si Dios está en la tierra.
En el desaliento me dice la palabra exacta,
aunque sus caricias sean únicamente
para el imperceptible quehacer de cada día.
Hace la comida, la ropa,
zurce y limpia los olvidos,
me toca apenas en el hombro
cuando el pesar recuerda sus viejas vestiduras.

IV

Odia el alcohol y tiene sus razones:
la borrachera la avergüenza.
Pero ¡qué ebria alegría la suya
cuando la encuentro
y, cuidadosa, limpia, siembra, riega;
ama el sol y la lluvia y hace todas las cosas!
Le crecen arcoiris en su ligera siesta.

V

Mamá dice que todo es tiempo y lo lleva
a cuestras como alas,
y que nada es trabajo y nada cuesta darse
a quien se ama.
Aunque inventa colores, soluciones,
desate nudos y restañe heridas
y aunque arrastre las piernas y le duelan
y le pesen los párpados, nos ama.

VI

Mamá no es vieja. Es milenaria.
Tiene el alma de una niña sabia

y no se queja nunca.
Su corazón juega a la eternidad
y nunca llora
-al menos delante de nosotros.
Quizá esconde sus lágrimas
y en el sueño las encuentra.
-Siempre la sonrisa es el vivir presente.
Cuando viene a la memoria el mal recuerdo
-dice-, hay que hacer del día una obra de arte.

VII

Mamá ahora duerme.
Descansa el cuerpo que se le escapa
y su alma, cantando su canción azul
en esta noche de septiembre,
vive en mí.
(inédito)
GONZALO UTRILLA

